

el amor propio ó la ambicion la célebre reticencia de Mauricio de Nassau; puesto que al contemplar todos á este anciano, cuyo nombre llenaba á la sazón la Europa entera, hubieran proclamado al Jesuita Spinola como el primero en santidad, ciencia y valor. Para dejar comprender la idea que los animaba, cedieron la palabra al anciano para que fuese el órgano de los sentimientos de todos. Hé aquí los términos en que se expresó el Jesuita: «Por el júbilo que nos causa la vista del suplicio mas cruel, podeis juzgar si hemos venido al Japon con el objeto de invadirle por medio de las armas, ó si mas bien para mostraros el camino de la felicidad inmortal, arrojando toda clase de peligros, así en el mar como en la tierra. La religion cristiana no enseña á buscar un reino perecedero, ni las riquezas y dignidades transeúntes; antes por el contrario nos enseña á despreciarlas. ¿Pudieramos nosotros ambicionar vuestras riquezas habiendo abandonado espontáneamente las nuestras? Lo que ansiamos es vuestra salvacion y vuestra eterna ventura: estas llamas que arden bajo nuestros piés, y que van pronto á consumirnos, son para nosotros el preludio de un eterno reposo.»

Al decir estas palabras, advirtió Spinola desde el centro de la hoguera á Isabel Fernandez, esposa del portugués en cuya casa habia sido arrestado, y recordando en aquel momento ciertas anterioridades, le pregunta en dónde está su pequeño Ignacio. Era este un hijo único de esta mujer, á quien cuatro años antes habia bautizado el Jesuita la víspera de su arresto. Isabel levanta al chiquillo, que como los demás cristianos estaba cubierto con el mas rico traje, y dijo: «Aquí está, Padre mio, y se regocija de morir con nosotros;» y dirigiéndose en seguida al niño: «Mira, continuó, al que te ha hecho hijo del buen Dios, y al que te ha revelado una vida preferible mil veces á la que vamos á dejar: implora, hijo mio, su bendicion para tí y tu madre.» Púsose el niño de rodillas, juntó sus manecitas, y, casi ya rodeado por las llamas, aquel confesor, experimentado por veinte años de tribulaciones, bendijo á ese mártir en la cuna. Un grito de conmiseracion se escapó de todos los labios: para comprimirle, dieron los jueces la señal de la ejecucion, y fueron cayendo sucesivamente las cabezas de los treinta y un cristianos. En el momento en que empieza á prender el fuego en las cuatro hogueras, fue tan intensa la accion de las llamas, que arrepentidos dos Fran-

ciscanos, abjuraron la fe que habian ido á predicar, y solicitaron la vida en premio de sus blasfemias; pero los verdugos los lanzaron al fuego, y perecieron con los mártires, cuyos últimos momentos fueron acibarados por su apostasia.

En 19 de setiembre del mismo año espiraron víctimas del mismo suplicio el P. Camilo Constanzo, Agustin Ota, Jesuita japonés, y el P. Navarro. En 1.º de noviembre fueron quemados vivos por haber predicado la fe del verdadero Dios, prohibida por el Soberano, los PP. Dionisio Tugivimo y Pedro Onizuka, á quienes la Compañía de Jesús habia recibido en su seno. De allí á poco empezó Xogun á modificar el sistema de sus predecesores: atacaba al cristianismo; pero lo hacia menos en sus fieles que en sus apóstoles, ya porque decapitando á los neófitos despoblaba su imperio, provocando tal vez una reaccion popular; como porque asesinando á los misioneros y haciéndoles imposible el acceso al Japon, era reducir á los Católicos á la apostasia, ó dejar al menos al nuevo culto una existencia cuyo término estaba calculado de antemano. Este cálculo no dejaba de ser acertado, y los Jesuitas conocieron que no les quedaba otro recurso que la muerte. Se consagraban á las torturas con una firmeza que mereció los elogios del sumo pontífice Urbano VIII, el cual dirigió á los japoneses un breve donde se lee: «Nos congratulamos del inmenso consuelo que os prestan los Padres de la Compañía de Jesús, cuyo celo debeis ciertamente recompensar con toda especie de buenos servicios, y con todas las pruebas de gratitud. Podeis juzgar cuán preciosas deben ser vuestras almas á los ojos de la Iglesia romana, cuando para rescatarlas os envia unos sacerdotes doctos y de una virtud poco comun, que cambian su patria por el destierro, y que arrojando los peligros de un océano fecundo en naufragios, arriban á vuestra patria, en donde saben que la rabia de los idólatras es aun mas furibunda que todas las tempestades y tormentas.»

Pasados algunos meses, escribió el mismo Pontífice á los cristianos de Ozaca, Sacay y Meaco en los términos siguientes: «Nuestro muy amado hijo Sebastian Vieira, sacerdote de la Compañía de Jesús, regresa hácia vosotros con un refuerzo de operarios, y pasando á través de mil peligros, léjos de intimidarse á vista de las persecuciones, son estas un atractivo mas para atraerle.»

Si el espectáculo de las torturas y de las hogueras no era suficiente á infundir pavor á los Jesuitas, sus catecúmenos no mostraban tampoco menos intrepidez. No quedaba ningun refugio á los misioneros; pero su persistencia á vista de los peligros da al Evangelio que anuncian aquella sancion que los mas elocuentes discursos no hubieran podido jamás prestarle: engrosábase cada dia el número de los neófitos en proporcion de las miserias de toda especie que les estaban reservadas; cada dia veian aumentarse la cristiana grey, y cada año parecia inaugurarse con el martirio de un Jesuita. En 1623 llególe su turno al P. Gerónimo de Angelis, que denunciado por un traidor en union del hermano Simon Jenpo, se fué á presentar á sus verdugos, ó sean los agentes del Emperador, que habia abdicado una parte de su autoridad en su hijo Xogun II; y aunque pudo sustraerse á las pesquisas por medio de la fuga, no quiso hacerlo, temiendo que esta alarmase á los Cristianos. El nuevo Emperador, que necesitaba captarse la confianza de los bonzos, y que trataba al mismo tiempo de hacerse agradable á los protestantes europeos, porque sabia que eran los enemigos mas encarnizados de la religion católica, mandó quemar vivos á los Jesuitas por haber predicado la ley de Cristo, y á los japoneses por haberla abrazado; padeciendo el mismo suplicio el P. Galvez, franciscano, Juan Fasa-Mon, primo del Emperador, cuyos piés y manos habian sido ya mutilados en testimonio de su fe, y otros setenta y cinco neófitos. Xogun II habia inaugurado su advenimiento al trono por medio de la persecucion, y le continuó, apoyándose en los delatores y los verdugos. Ofrecianse grandes recompensas á los que descubriesen la huella de un sacerdote ó catecúmeno, y promulgó un nuevo edicto en el que se obligaba á comparecer á todo japonés ante los magistrados y dar parte de su culto. El fuego era el suplicio destinado á los Padres que eran arrestados durante los calores del estío; el invierno tuvo tambien su suplicio de estacion y de circunstancias.

El P. Diego Carvalho, uno de los primeros apóstoles de la Cochinchina, acompañado de Francisco Buzoni, habia regresado al Japon, donde solo le esperaban padecimientos inauditos. Oculto en el interior de un bosque, se ejercitaba en aleccionar á sus numerosos neófitos en la paciencia y en el valor; pero no tardó en ser preso como ellos, y el 21 de febrero de 1624, después de ser des-

pojados de sus vestidos, los sumergieron en un estanque helado; aunque este dia solo duró el suplicio unas tres horas. El 25 por la mañana, después de haber roto el hielo, lanzaron á los cristianos en el agua, conservándolos en ella durante seis horas; y esperando que á la noche sucederia un frio mas intenso, los dejaron perecer envueltos en los témpanos que se formaron en derredor suyo. En el mismo año espiró el Jesuita Miguel Carvalho, el dominico Pedro Vazquez y los Franciscanos Sotelo y Sasanda.

Si bien el gobernador de Filipinas y los oficiales españoles procuraban conjurar por medio de algunas émbajadas los males que pesaban sobre estas cristiandades; solo lograron ver rechazadas tan bruscamente sus súplicas como sus amenazas. Los ingleses y holandeses, que habian sabido conquistar aquella opulenta colonia, trataron de emplear la sangre de los Jesuitas para cimentar su comercial pujanza; habian conseguido alejar á sus rivales, y necesitaban interceptarles toda idea de regreso, haciendo una pequeña excepcion en favor de los portugueses, á quienes, aunque les franquearon el puerto de Nangasaki, fue sin embargo obligándoles bajo pena de la vida á sujetar su cargamento y personal á la visita de los ingleses. Habian llegado estos, en union de los holandeses, á captarse de tal modo la confianza del Emperador, y habian sabido lisonjear y estimular de tal suerte su odio contra los Cristianos, especialmente los europeos, que imperaban en su lugar; y al paso que denunciaban á los misioneros, impelian á los comerciantes que desembarcaban en sus costas á hollar las imágenes que venera todo cristiano. La sed del lucro, combinada con el terror que infundian los idólatras y las pasiones protestantes, luchando por todas partes con la Iglesia católica, condujo bien pronto las cosas á una situacion desesperada. Xogun, estimulado por los ingleses, rompió los diques de su crueldad; y como los tormentos que hasta entonces habia hecho sufrir á los Cristianos producian pocos apóstatas, trató de usar de otros medios mas atroces. El fuego, los estanques helados y las torturas ordinarias habian sido, si no inútiles, á lo menos ineficaces; y por esto inventaron otros suplicios que fuesen matando poco á poco. Se azotó á los misioneros y demás fieles hasta dejar enteramente descubiertos sus huesos; arrancábanles las uñas, horadábanles los brazos, piernas, orejas y narices con zarzas ó

puntas aceradas; lanzábanlos en fosos llenos de víboras; se les disecaron y cortaron sus miembros unos tras otros, y los extendían desnudos en braseros encendidos. Compelíanlos á permanecer inmóviles y silenciosos, porque el movimiento mas imperceptible y el mas insignificante grito eran reputados como un signo de apostasia: condenábanlos á sostener en la mano vasos candentes; y si estos, agitados por el dolor físico, se caían antes que se hubiese consumido toda la mano, era una prueba de obediencia espontánea á los edictos del Emperador.

Y no paró en esto la imaginación de los ministros de Xogun, estimulada por el odio mercantil de los Anglicanos. Hay en el Japon ciertos abismos de los que se evaporan infectos miasmas, producidos por la mezcla del fuego con el agua y lodo, cuyo solo contacto llena la piel de horrosas úlceras, por cuya razón se les ha dado el nombre de *Bocas del infierno*. En ellos sumergían á los Jesuitas y demás cristianos, y sirviéndose de un embudo, les llenaban el cuerpo de un agua pútrida: otras veces los suspendían atados de los piés á la boca de la cloaca, colocando su cabeza entre dos tablas por encima del orificio. Apoyábase su mano derecha sobre una campana, á quien el menor movimiento ponía en vibración; su primer toque, fuese voluntario ó forzado, se tenía por señal de apostasia. Como estos tormentos, cuyo horrible cuadro nos han descrito las relaciones de los mismos holandeses, debían por precisión terminar en breve la existencia de los infortunados que los padecían; sus verdugos, que vigilaban porque la muerte no les arrebatase una presa tan preciosa á sus ojos, conservaban en aquel sitio un gran número de médicos asalariados, que pusiesen su ciencia y la eficacia de sus cordiales al servicio de la barbarie. No se trataba ya de torturar á los sacerdotes y sus neófitos, era preciso prolongar su existencia para eternizar su suplicio.

El protestante Kaempfer, sobrecogido por un rasgo de conmiseración al relatar tantos padecimientos destinados á los Jesuitas y á sus catecúmenos, y siendo en este momento superior en él la verdad indignada al espíritu de secta, se expresa en estos términos¹: «No pudiendo ser refutados con razones los recién convertidos, pusieron en uso las espadas, horcas, hogueras, cruces y otros argumentos formidables para convencerles y hacer-

¹ *Historia del Japon*, tomo III, pág. 346 (edic. de la Haya, 1732).

«les sentir sus errores. Pero á pesar de estos crueles tratamientos «y de toda la espantosa diversidad de suplicios inventados por «sus implacables verdugos, léjos de trastornar su virtud, se pue- «de decir para eterna vergüenza de los paganos, que los católi- «cos del Japon sellaban placenteros con su sangre los dogmas «del cristianismo, mostrando en las mismas cruces, en que esta- «ban clavados, tan raros ejemplos de confianza, que sus enemi- «gos se llenaban de admiración y asombro.»

Y no fue este el único testimonio que arrancó á los Protestantes la fuerza de la convicción y de la verdad: Reyes Gysbertez, que estuvo al servicio de la compañía holandesa en Nangasaki, desde 1622 hasta el de 1629, refiere como testigo ocular de la mayor parte de los martirios¹: «Que el número de los cristianos «era incalculable, y que todos morían; y no encontraba suficien- «tes elogios para celebrar el heroísmo de aquellos hombres, mu- «jeres y niños, á quienes la avidez de sus compatriotas y el odio «al jesuitismo condenaban á los más inauditos suplicios.»

Así sucumbieron con algunos años de intervalo el P. Tzugi, el hermano Miguel Nagaxima, Antonio Iscida y otros varios religiosos de la Orden de san Agustín, santo Domingo y san Francisco. En 1631 falleció Xogun II, y heredó su corona y sus crueldades su hijo To-Xogunsama. El P. Mateo de Couros, provincial del Japon, Francisco Buldimo, el hermano Weyan Succunanga, los PP. Manuel Borghese, Giannoni, Pineda, Acosta, Soza y Mateo Adami, espiran en los tormentos, con otros diez y seis Jesuitas japoneses en el espacio de algunos años.

En el de 1634 solo quedaba un pequeño número de misioneros, entre los que se hallaba el P. Sebastian Vieira. Dotado de una intrepidez superior á su talento, habia sido enviado cerca del soberano Pontífice para informarle de la situación en que estaba la Iglesia japonesa, y habia tenido el honor de escuchar de boca de Urbano VIII la siguiente contestación: «Regresad al sitio del «combate, y defended la fe aun á riesgo de perder la vida, pues «si llegare el caso de que derramáseis vuestra sangre por Jesu- «cristo, yo colocaré solemnemente vuestro nombre en el catálo- «go de los mártires.» El Jesuita no quiso detenerse un instante, y tres años después penetró en el Japon disfrazado de marinero chino. Aun no habian transcurrido veinte años desde que habia vuel-

¹ Thevenot, *Viajes curiosos*, parte II.

to á ver este país inundado con la sangre de tantos cristianos, cuando saludándole como á su lugar de reposo hasta la consumacion de los siglos, y sabiendo que tarde ó temprano caeria en manos del Emperador, trata de prepararse para cualquier género de muerte; pero debe á sus neófitos algunas lecciones de constancia antes de darles una última de valor, y por lo tanto esperó en las privaciones de toda especie y en el trabajo del dia y de la noche, la hora de su muerte. Esta no se hizo aguardar mucho: arrestado con otros cinco Jesuitas, ostentan á sus ojos los diversos instrumentos que se empleaban para la tortura, y le intiman la apostasia ó la muerte. Desátanle en seguida las manos para que pueda firmar por sí mismo la declaracion expresada por el Emperador, y escribe sin vacilar: «Desde que nací han transcurrido «sesenta y tres años, durante los cuales el Dios á quien adoro me «ha colmado de beneficios, mientras que las divinidades del Ja- «pon nada han hecho ni pueden hacer en favor mio, y el Empe- «rador no me ha hecho sino mal. Seria por lo tanto un insensato «si abjurase el cristianismo para incensar á unos ídolos de piedra, «y por obedecer á un mortal como yo.» Estas expresiones encerraban su condenacion: de allí á poco consiguió Vieira la gloriosa ignominia del martirio.

Ya no quedaba en el Japon mas que un solo Jesuita europeo, el cual en 1633, cediendo á la violencia de los dolores habia abjurado su fe y apostatado de su Orden. Llamábase el P. Ferreira, que habia tambien desempeñado en el Japon el cargo de provincial. Conmovidos los Católicos al observar este extraño espectáculo, al cual no los habian acostumbrado todos esos sacerdotes cuyo heroismo acabamos de bosquejar, no cesaban de lamentar semejante escándalo. La luz del cristianismo estaba próxima á extinguirse en este imperio, y la Compañía de Jesús no consentia en coronar sus esfuerzos con una apostasia. A los ojos de la Sociedad, el apóstata Ferreira, entregado á sus remordimientos ó á sus temores, era un objeto de baldon indeleble, cuyo recuerdo parecia ofuscar ante las generaciones futuras las maravillas que el catolicismo podia producir: importábala, pues, levantar al caido y hacerle abrir los ojos al arrepentimiento de su perjurio; objeto doble que el P. Mastrilli, natural de Nápoles, se sintió inspirado por Dios para llevar á cabo.

La entrada en el Japon se habia hecho mas imposible que nun-

ca; ni aun los portugueses conservaban su factoria de Nangasaki; porque, para asegurarse de que ya ningun católico entre en el imperio, los Protestantes han aconsejado á To-Xogun que condene al público escarnio los objetos mas sagrados al pensamiento de un cristiano. Todo el que en adelante entre en el Japon debe en el momento de poner el pié en tierra hollar la cruz que salvó al mundo. No ignora Mastrilli el rigor de este edicto; pero no eran capaces de intimidarle ni el rigor de los edictos ni el relato de las torturas mas atroces: la muerte le amenaza por todas partes, en las playas, en las ciudades y en las cabañas; y sin embargo emprende su viaje al frente de cuarenta misioneros, que si estaban convencidos de que no tendrian oportunidad de preconizar al Crucificado, esperaban al menos disfrutar la felicidad de morir por él. ¿Qué otra cosa es la sangre derramada sino la semilla mas abundante en cristianos? A través de una multitud de prodigios que señalan su ruta, y de las ovaciones que le prodigan todas las cortes, llega por fin Mastrilli al Japon, y desde allí, este hombre, embriagado en el amor de la cruz, escribe á su padre en estos términos: «Ignoro por dónde deba principiar ni por dónde concluir; pero «os lo diré todo en una palabra. San Francisco Javier ha por fin «llevado á cabo su obra. Debo la vida á un milagro suyo; otro «milagro me ha conducido á Filipinas, y por un tercero me ha «proporcionado pisar el tan ansiado Japon: ahora espero que tal «vez hará el cuarto para colocarme en medio de mis verdugos. «¡Ah! ¡cómo comprendo ahora el valor que encierran aquellas «sagradas palabras: *Non volentis neque currentis, sed miserentis est «Dei!*»

Corria el Jesuita en busca de aquel martirio que, para la Sociedad, era una especie de rescate, ó mas bien una expiacion de la apostasia de Ferreira, y el martirio no tardó tampoco en salirle al encuentro. Su marcha desde Roma hasta Nangasaki, si se ha de dar crédito á los analistas del Instituto, se redujo á una serie no interrumpida de hechos maravillosos. A nosotros no nos toca negarlo ni discutirlo, porque no fijamos la atencion en el taumaturgo, sino en el hombre intrépido. A la Iglesia toca el derecho de examinar estos prodigios: la historia solo debe apreciar su abnegacion, tributar un homenaje á la piadosa idea, y elogiar la audacia sobrehumana que le impelió hácia aquellas costas que no miran aun como inaccesibles los Jesuitas. Mastrilli se habia

destinado á las miserias de la cruz; y no tardó en ser arrestado, sometido á la tortura, y paseado ignominiosamente por las calles de la ciudad, llevando inscrita en la espalda su sentencia en la que se leía: *El emperador Xogunsama ha decretado por medio de sus gobernadores este suplicio, para castigar á este insensato que ha venido á este país á predicar una ley extraña y contraria al culto de Jaca, Amida y demás fotoques. Acudid todos y miradle como expia su crimen en la fosa para que los demás escarmienten con su ejemplo.*

Sesenta horas permaneció Mastrilli abocado al cráter de éste abismo, que solo exhalaba miasmas pútridos; y pasado este tiempo mandó decapitarle. Pero aunque su muerte fue un medio eficaz para confirmar á los neófitos en la fe que habian abrazado, en nada modificó el plan de conducta de Ferreira, que, en 17 de octubre de 1637 fue testigo ocular de su suplicio. Tres años después asistió el apóstata á la ejecucion de los PP. Cassui, Jesuita japonés, Porro, Martin, Xini y Mancio Conixi, á cuyo espectáculo se vió sentenciado á concurrir, con el objeto de que el terror le confirmase en su apostasía.

Sin embargo, luego que To-Xogun, no satisfecho con haber creado mártires, trató de atentar á la libertad individual, prohibiendo á todo japonés salir de sus Estados, y ordenando que todos ellos llevasen en el pecho una señal visible de la idolatría, los cristianos de Arima se decidieron á protestar con las armas en la mano contra las arbitrariedades del poder: era el último esfuerzo de un pueblo que no consiente en ser esclavo; pero la insurreccion habia llegado ya tarde. Los Cristianos se habian encerrado en Ximabara, y tomada esta ciudad en 12 de abril de 1638, después de un asedio de tres meses, fueron todos degollados.

Algunos años después, el 1643, el P. Antonio Rubini, célebre en el Oriente por sus trabajos apostólicos, impulsado por los mismos motivos que Mastrilli, trató de ingresar en el Japon. «Ó he de penetrar libremente, escribia al General de la Compañía, y en ese caso llamaré en mi favor á mis hermanos, ó al menos moriré en mi puesto de visitador del Japon, y entonces comprenderá el mundo que la Sociedad ha hecho cuantos esfuerzos han estado á su alcance para introducir operarios en este país, y para socorrer á los cristianos que han sucumbido.»

Habíaseles cerrado el imperio á los embajadores, así como á los misioneros, porque los Protestantes habian impulsado á Xo-

gun á promulgar el decreto siguiente: «Mientras el sol ilumine al mundo, nadie sea osado á navegar por las costas del Japon, ni aun en calidad de embajador, á excepcion de aquellos á quienes les está permitido el tráfico por las leyes.» Púsose Rubini en camino con los PP. Alberto Mecinski, Antonio Capecci, Francisco Marquez y Diego Morales; pero sorprendidos en una playa desierta á donde los habian desembarcado, fueron arrastrados hasta Nangasaki, y conducidos á la presencia de Ferreira, que en aquella ocasion era su juez: «¿Quién sois, les pregunta, y por qué venis á este sitio? — Somos sacerdotes de la Compañía de Jesús, contestó Rubini, y venimos á predicar la fe de Jesucristo muerto por el bien de todos. — Abjurad vuestra fe, replicó el renegado, y seréis colmados de honores y de riquezas. — Esa proposicion podeis hacérsela á los cobardes, continuó Rubini; porque nosotros esperamos tener suficiente valor para morir como cristianos y como sacerdotes.»

Estas palabras fueron para Ferreira un baldon, el cual se escapa por medio de la fuga á los reproches, y los cinco misioneros murieron en el suplicio que tanto habian anhelado. Ya no era posible hacerse ilusion: habíaseles arrebatado toda esperanza de triunfo; en adelante hubiera sido una temeridad exponer su existencia y su fe á un peligro cierto, sin ninguna probabilidad de un buen resultado. Vióse por lo tanto precisada la Compañía de Jesús á renunciar á esta gran conquista. Desde la época de san Francisco Javier, hasta la que describimos, es decir, en el espacio de cien años, habia hecho innumerables esfuerzos para legársela al cristianismo, poniendo en juego la paciencia, la virtud y el celo y la misma astucia; pero las pasiones idólatras, explotadas por el cálculo anglicano y por el odio de los Luteranos, triunfaron al fin después de una lucha inaudita; pero triunfaron de un Instituto diezmando, y triunfaban sobre todo con la desercion de uno de sus individuos.

Mas luego que el apóstata se vió agobiado bajo el peso de los años y remordimientos, este hombre, á quien el miedo habia transformado en perjuro, no quiso morir en el oprobio; en su juventud habia temblado ante el aparato de la tortura, y se propuso arrostrarla á la edad de ochenta años. La sangre que habia visto correr en holocausto de su redencion comunicó por fin una santa energía á su debilidad, y no pudiendo resolverse á termi-